



SUMARIO.

6 *Texto.*—La reina María Amelia, esposa del rey de Francia Luis Felipe I.—Crónica, por Fernando Costa.—Documentos históricos.—Aventuras de Chirivitas.—El Mulo, por A. Montaut.—El Padre Jacinto, por Vite-Celom.—Los Arrieros.—Tram-via de Carcagente á Gandía.—Entierro de Lamartine.—Los vampiros, por Fernando Costa.—El armario de caoba, por A. Dumas.—Sección científica, por Enrique Lovescar.—Sección amena.—*Grabados.*—La reina María Amelia.—El Padre Jacinto.—Los arrieros.—Tram-via de Carcagente á Gandía.

CUARTOS NUMERO SUELTO.—MADRID Y PROVINCIAS.

CALENDARIO DE LA SEMANA.

Domingo....	14	Sta. Florentina.
Lunes.....	15	Sta. Leocricia, vg. y mr.
Martes.....	16	S. Agapito, ob. y conf.
Miércoles....	17	S. Patricio, ob. y conf.
Jueves.....	18	S. Gabriel arcángel.
Viernes.....	19	Dolores de N.ª S.ª y S. José.
Sábado.....	20	S. Ambrosio de Sena.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España con opcion al regalo de la carpeta.—Un año, 32 reales.

Colonias Españolas y Extranjero.—Un año, 80 rs.

En las demas naciones fuera de Europa.—Un año, 100 rs.

Se suscribe en su Administracion, calle de Prim, 33, bajo, y en las principales librerías del reino y extranjeras.

ANUNCIOS.—Para la segunda mitad de la última plana, 2 reales línea.

MADRID Y PROVINCIAS.—NUMERO SUELTO,

6 CUARTOS.

AÑO III.—DIRECTOR, D. F. COSTA.

Madrid 14 de Marzo de 1869.

ADMINISTRACION, CALLE DE PRIM, 33.—NÚM. 2.

LA REINA MARIA AMELIA,
esposa del rey de Francia
Luis Felipe I.

Hoy presentamos á nuestros lectores el retrato de una santa, de una noble mártir, del modelo de reinas, madres y esposas, que se llamaba María Amelia.

Su vida entera fué una série de dolorosas pruebas y de tristes sufrimientos; pero dulce, grande y resignada, símbolo de la virtud y de la santidad del hogar doméstico, María Amelia se ocupó siempre, mas en calmar los sufrimientos ajenos que en atender á los suyos propios, y su memoria es sagrada para su descendencia, que tiene en ella un gran modelo que imitar. Si; Dios la elevó á un trono para que sirviera de ejemplo á todas las madres y á todas las esposas; para que todos admirasen su noble alma, tan bella como fuerte.

Desde sus mas tiernos años hizo el aprendizaje del destierro, cuando su familia abandonó á Nápoles en 1798, y en el ocaso de su vida tuvo que volver á esperar los mismos infortunios, los mismos dolores,



LA REINA MARÍA AMELIA.

sin que nada fuese bastante para hacerla perder aquella dulzura, aquella indulgencia, aquella serenidad de que dió tan grandes muestras en sus adversidades.

Esta santa mujer, fué constante enemiga del duelo, de esa fatal locura humana.

Dios quiso, sin duda, presentar en esta familia un modelo de lo que deben ser las familias de los que tienen la misión de regir los destinos de una nación.

Llevar á los piés del trono las puras costumbres, las virtudes domésticas y la santidad del hogar, es hacer de este trono un templo. Una corona de virtudes y pureza vale algo mas que una corona cubierta de perlas y diamantes. Y cuando en esas regiones, surcadas casi siempre por la ambicion, la impureza y todas las malas pasiones, aparece una familia honrada, noble y leal, pura y santa, hasta los mas encarnizados enemigos de la institucion monárquica se descubren con respeto y saludan á la virtud que reina.

F. C.

CRONICA.

Después de escrita la palabra con que encabeza esta sección de EL NUEVO SIGLO, héme quedado meditabundo y pensativo.

Crónica... ¿pero de qué?

¿Crónica política? Por hoy no; estamos sin rey ni Roque, y esperamos... Si la solución de esta crisis es a mi gusto, os lo comunicaré, amigos lectores; y si no la combatiré con toda la fuerza de mi acerada pluma.

¿Crónica... parlamentaria? Guarda Pablo, que son tales las cosas que se oyen en el que debiera ser sagrado templo de nuestras leyes, que tengo miedo a mi pluma descarada, si a narrar lo que allí pasa se dedicara.

¿Crónica... escandalosa? Apenas bastaría el número entero de EL NUEVO SIGLO ILUSTRADO para contener lo que pudiera escribirse.

¿Crónica... teatral? ¿Para qué? Si en España ya no hay teatro. En todos los coliseos reina el can-can. Los poetas se han dedicado a empleados y a ministros, y creo que las musas andan escribiendo exposiciones sobre la abolición de las quintas, o formando clubs y asociaciones femeninas.

¿Crónica... madrileña? Esto es sin duda; crónica madrileña. Este periódico se escribe en Madrid; la crónica pertenece al periódico, luego la crónica es madrileña.

Solo falta saber qué dice o dirá esta crónica.

..

Oigamos lo que se habla.

—¡Es impopular! El pueblo portugués se opone energicamente, y la guerra civil sería la consecuencia.

—Pero el engrandecimiento de España y la...

—Sí, pero sentar en el trono de Isabel la Católica a una bailarina o cómica... me parece *trop fort*.

.....
—¿Y qué es la república?

—Hombre, hacer lo que a cada quisque le dé la gana; no pagar contribuciones, repartirse los terrenos, hacer que los ricos ayuden a los pobres, cobrar muchos jornales, hablar mucho y trabajar poco.

—Me conviene ese gobierno y me quedo con él.

.....
—¿A dónde vas?

—Al club.

—Pero hombre, que tienes mucho que trabajar, que tus hijos...

—La patria es lo primero.

.....
—Mira qué guapo estoy.

—¡Qué uniforme! ¡Pero hombre, meterte en esos gastos y tienes a tus hijos sin zapatos!

—La patria es lo primero.

.....
—¿Cuándo me manda Vd. las botas?

—Cuando las acabe.

—¿Pero si hace una porción de tiempo que las tiene Vd.?

—No puedo hacer otra cosa; estoy de guardia.

—Pero mis botas...

—La patria es lo primero.

.....
Y así sucesivamente; lo cual indica que hoy todo el mundo en España es político, quiero decir, que se ocupan en política. Si al menos supieran aprovechar esta ocasión que se les presenta para hacer la felicidad de la patria!... Dios les ilumine.

.....
La política y el can-can; hé aquí el tema obligado de los tiempos que atravesamos, y francamente hablando, no he podido hasta ahora explicarme la causa del entusiasmo cancanesco que entre nosotros se ha desarrollado. Yo comprendo el can-can en su país, en París, en Mabilie, entre estudiantes y damas del *demi monde*, bajo la espléndida iluminación de los jardines, junto a los provocativos *bosquets* y en medio de aquella sin igual animación; pero verlo en un teatro como se ve un drama; ver todas las noches las mismas caras, las mismas piernas y las mismas tonterías, no puedo comprenderlo. Además hay una cosa que me su-

bleva; veo en los carteles 420 *representacion del aplaudido can-can*; 420 representaciones! lo que no ha logrado ningún drama de Ayala ni de nuestros poetas contemporáneos.

¿Habla esto en favor del buen gusto y de la cultura de nuestro pueblo?

No me atrevo a contestar. Pero, creedme, en esto como en otra porción de cosas, estamos haciendo solemnemente el oso.

FERNANDO COSTA.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS.

DECLARACION DE LAYBACH.

12 de Mayo de 1821.

La Europa conoce los motivos de la resolución tomada por los soberanos aliados, para ahogar todos los complots y hacer que cesen las revoluciones y conmociones populares que amenazaban la existencia de los reyes y de la paz general, cuyo restablecimiento ha costado tantos esfuerzos y tan grandes sacrificios.

En los mismos momentos en que los tres monarcas unidos de la Santa Alianza concluían sus determinaciones generosas en el reino de Nápoles, una rebelión de un género mas odioso todavía, si fuese posible, estalló en el Piamonte.

Ni los lazos que de tantos siglos unían a la casa reinante de Saboya con su pueblo, ni los beneficios de una administración ilustrada bajo la dirección de un príncipe sabio y de leyes paternas, y la triste perspectiva de los desórdenes y desgracias a que se exponía la patria, han podido contener a los perversos en sus designios.

El plan de subversión general estaba trazado; en esta combinación, contra el reposo de los reyes y la tranquilidad de las naciones, los conspiradores del Piamonte tenían su parte señalada. Ellos se han dado prisa a concluirla.

Se ha hecho traición al trono y al Estado; los juramentos han sido violados; el honor militar se ha perdido, y el olvido de todos los deberes ha producido grandes y horribles desórdenes.

Por todas partes el mal ha presentado los mismos caracteres; por todas partes el mismo espíritu ha dirigido a los funestos revolucionarios.

No pudiendo encontrar causas plausibles para justificarse, ni el apoyo nacional para sostenerse, los autores de esta revolución buscan su apología en doctrinas falsas y fundan sus criminales esperanzas en las asociaciones secretas perniciosas. Para ellos el imperio santo de las leyes es un yugo que es preciso destruir. Renuncian al sentimiento que inspira el verdadero amor a la patria; pretendiendo reemplazar los deberes conocidos, bajo pretextos arbitrarios, con un cambio universal en los principios constituyentes de la sociedad, ellos preparan calamidades sin fin, que evidentemente caerían sobre el mundo.

Los soberanos aliados, habiendo reconocido los peligros de esta conspiración en toda su extensión, han visto la debilidad real de los conspiradores, al través de un cierto velo de apariencias y declamaciones. La experiencia ha confirmado los presentimientos de sus majestades. La resistencia que la autoridad legítima ha encontrado fué nula, y el crimen ha desaparecido ante la espada de la justicia.

Pero no han sido las causas accidentales, ni tampoco ha sido la falta de los hombres malos el día del combate a los que se debe atribuir la facilidad de los sucesos y la felicidad en estos momentos de los reyes. Esta ha reconocido por causa un principio mas consolador y mas digno de consideración.

La Providencia ha herido con el terror a las conciencias, tanto de los culpables como de los artistas y artesanos a quienes los primeros habían comprometido, y aquella Providencia, con la velocidad del rayo, les ha hecho caer las armas de las manos.

Las fuerzas aliadas, únicamente destinadas a combatir y reprimir la rebelión, lejos de tener ningún interés político, han venido a este país a socorrer los pueblos subyugados, y estos consideran nuestras armas como el verdadero y único apoyo en favor de su libertad, y no como un ataque a su independencia.

Por ello, desde el momento en que la guerra ha cesado, y desde aquel instante en que la revolución fué ahogada, en estos países no existen mas que amigos para los monarcas, que desearon siempre su tranquilidad y bienestar.

En medio de las circunstancias graves y en la posición delicada en que se encuentran los soberanos aliados, acordes con SS. MM. el rey de Sicilia y el rey de Cerdeña, han juzgado indispensable tomar algunas medidas temporales de precaución, señaladas por la prudencia y prescritas por la salud pública. Los ejércitos aliados, cuya presencia era necesaria para el restablecimiento del orden, han sido colocados en los puntos convenientes, con el único fin de proteger el libre ejercicio de la autoridad legítima, y a ayudar a preparar, bajo el amparo de sus bayonetas, todos aquellos beneficios que deben borrar las marcas y señales de las últimas y pasadas desgracias.

Penetrados de estos sentimientos, los soberanos aliados, al finalizar sus conferencias en Laybach, han querido anunciar al mundo los principios santos que los han guiado. Han decidido no separarse jamás de ellos, asegurando a todos los hombres de bien que encontrarán constantemente en la unión de los tres monarcas la garantía mas segura contra las tentativas de los perturbadores.

Con este objeto, SS. MM. I. y R. han mandado a sus plenipotenciarios firmar la presente declaración.

Laybach, el 12 de Mayo de 1821.

Por Austria, Metternich.—Le baron Vincent.

Por Prusia, Krusemark.

Por Rusia, Nesselrode.—Capo de Istris.—Pozzo di Borgo.

LAS AVENTURAS DE CHIRIVITAS.

ESCRITAS POR TODO EL MUNDO.

Chirivitas, solteron enriquecido en el comercio de cerdos, acaba de despertarse, tira del cordón de la campanilla para llamar a su criado, grueso gallego, llegado la vispera, de los últimos límites de su provincia.

Después de llamar inútilmente doce veces, Chirivitas, extrañando el no ver a su criado acudir a sus órdenes, baja de la cama, y envuelto en su bata, se dirige al cuarto del criado, al cual encontró muy extendido en su catre.

—Le he llamado a Vd. doce veces.

—Ya he oído, pero le estaba aguardando a Vd.

—¿Cómo! ¿Vd. me aguardaba a mí?

—Toma: Vd., al tomarme a su servicio, me ha dicho que me daría siete duros y me *vestiría*; aguardaba, pues, que Vd. viniera a vestirme para levantarme.

Chirivitas iba a explicarle el *quid pro quo*, cuando fué interrumpido por un grito repentino que lanzó el criado al ver la cabeza de su amo, que, siendo calvo, había olvidado su peluca en la cama.

—¡Ah, señor! cómo ha crecido Vd. desde anoche!

—¿En qué lo conoces?

—En su cabeza que pasa a través de los pelos.

Después de haber hecho levantar a su criado, Chirivitas volvió a su habitación, donde encontró al jardinero de su casa de campo que le traía una mala noticia: durante la noche los ladrones habían robado sus muebles.

Dos meses antes, Chirivitas había comprado un perro de presa a un vagabundo.

—¿Cuánto quiere Vd. por su perro? había preguntado.

—Si es para Madrid, cinco duros; pero si es para el campo, cincuenta.

—¿Y por qué esta diferencia de precios?

—Es porque en Madrid los perros se vuelven conmigo al otro día.

Había, pues, pagado cincuenta duros por el perro, y le había enviado en seguida a su propiedad para guardarla de noche.

Así es fácil comprender el furor de Chirivitas al saber esta noticia.

—¿Se lo han llevado todo!

—Pero, ¿y mi perro?

—Me he despertado cuando se llevaban el último mueble.

—Pero, ¿y mi perro, hombre?

—El perro los ayudaba y se ha marchado con ellos. Semejante emoción por la mañana, en ayunas, bastó para poner enfermo al malogrado Chirivitas, y envió á buscar su médico:

—Doctor, tengo calentura.

—Bueno, se la voy á cortar.

—¿Para qué sean dos?..... ¡jamás! exclamó Chirivitas asustado.

No pudiéndole convencer, el médico se retiró en el momento en que Chirivitas recibía un telegrama de San Sebastian, en que su sobrino, arruinado por el juego, le pedía cuatro mil reales.

Chirivitas quedó indeciso leyendo el parte telegráfico: «Temo mucho: dijo, que sea una pillada que me hacen, porque no reconozco la letra de mi sobrino.»

Sin embargo, como pensaba que un poco de aire le haría bien, se decidió á ir á casa de un banquero para retirar los fondos necesarios para su sobrino. Durante el trayecto, las quejas de su estómago le hicieron recordar que aún no se había desayunado, y entró en el café de Madrid para reparar su olvido. Solo había en él un mozo, y un parroquiano que dormía sobre el único periódico del café. Después de haber pedido su almuerzo, Chirivitas, para entretenerse un poco, quiso leer, y sacudiendo al hombre que dormía:

—Cuando concluya, me dará Vd. *La Regeneración*.

—La estoy leyendo.

—¿Cómo! si está Vd. durmiendo.

—Esto basta para probarle que la leo.

Chirivitas no era muy amigo de las querellas, y además el mozo le traía su almuerzo, y no contestó.

Al primer trago de vino, lanzó un grito de dolor; el vino le sabía á ácido sulfúrico.

—¿Qué quiere Vd? dijo el mozo, es algo verde, es vino de este año.

—Eres muy modesto, chico, hubieras podido decir que era del año próximo.

En este momento, se oyeron gritos desaforados....

Este ruido salía de una cocina contigua al café. La dueña de la casa acababa de encontrar á su criada, llegada la víspera, hablando con un lancero tan grande, tan grande, que cuando tenía frío en los pies, el constipado le pillaba solo cinco días después.

La criada juraba por Dios y por todos los diablos que ella era inocente.

—¿Tiene Vd. tan poca vergüenza para negarlo! gritaba su ama; ¿entonces, qué hace aquí este lancero?

—Yo no le conozco.

—Pero, ¿de dónde sale?

—Quizá se habrá quedado de la antigua criada.

Todo este ruido había logrado despertar al consumidor que dormía sobre *La Regeneración*. Pidió la cuenta y preguntó por el encargado del café. Este se presentó en seguida, y principió entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Le ha sucedido á Vd. encontrar gente que no tenía dinero para pagarle?

—¡Mas de una vez, por desgracia!

—¿Y qué hace Vd. en ese caso?

—Los echo fuera, dándoles un puntapié.

Al oír esto, el consumidor se levantó, se volvió de espaldas, y presentando su trasero:

—Cóbrense Vd., díjole.

—¿Cómo! ¿no tiene Vd. dinero? exclamó el encargado; pero ¡miserable! hubiera Vd. debido hacer semejante cosa á mi competidor el *Imperial*.

—Ya he ido ayer, y el dueño me ha dicho que vienes aquí... pero pierda Vd. cuidado, su dinero no está perdido; tan luego como encuentre trabajo...

—¿Cuál es su oficio?

—Fabricante de estuches para monumentos antiguos, una nueva invención para abrigo contra las intemperies del tiempo...

Tengo mucha cesantía, pero me han hecho esperar la fabricación de un estuche para la iglesia del Retiro, y entonces no aguardaré que Vd. me cite para pagarle.

—¿Que yo le cite! exclamó el cafetero asustado; después de lo que me han hecho... Figúrese Vd. que un día cité á un deudor. Como Vd. comprende, yo, cafetero, no es mi oficio el de conocer las leyes; tomo

consejo de uno de mis parroquianos, un estudiante en derecho, quien me dice: «Es muy sencillo, pida Vd. al juez el beneficio del artículo del código penal, reclámelo Vd. enérgicamente.» Yo lo creo... un jóven que estudia para abogado debe entenderlo, ¿no es verdad? Llego, pues, delante el juez y, muy contento, le pido el beneficio del artículo del código penal. El magistrado abre su código, y me dice pero eso... sin pestañear. ¿Está Vd. muy decidido á obtener ese beneficio? Yo, insisto, porque el otro me había dicho que le pidiera enérgicamente. Entonces el juez empieza á leer en alta voz:

«Artículo. ¡Todo condenado á muerte sufrirá la pena del garrote!»

¡Ya puede Vd. comprender que no aguardé el beneficio del dichoso artículo... ¡Valiente justicia que os da el garrote cuando se reclama dinero!... Así que puede Vd. estar tranquilo, que si no me paga Vd., mas tarde no le citaré.

—¿Quiere Vd. que le deje mi capa usada, como fianza? preguntó el deudor.

—¿Pero, entonces, como hará Vd. para ir por la calle con un frío semejante y solo con una levita?

—Me prestará Vd. su gabán.

El encargado del café aceptó, y el otro se marchó con un gabán nuevo.

Chirivitas, que, durante ese diálogo había almorzado muy mal, pidió su cuenta y el mozo le trajo la siguiente:

Pan. . . . 1 real.

Vino. . . . 4 »

Beefsteack. 5 »

Café. . . . 2 »

Item. . . . 8 » para hacer la suma redonda.

Rs. vn. 20

Chirivitas, habiendo hecho deducir el ítem que no había tomado, pagó y se marchó.

Cuando salió del café, una lluvia que acababa de caer había producido tanto barro, que Chirivitas, temiendo por sus medias blancas y por su pantalón negro, porque había notado que el barro de Madrid producía manchas negras sobre el blanco y manchas blancas sobre el negro, subió en el ómnibus que hace el servicio desde la Puerta del Sol al barrio de Pozas.

Al cabo de algunos pasos el ómnibus se paró para recoger un nuevo pasajero...

El caballero que se presentaba para subir era tan grueso, que los viajeros, asustados de semejante vecindad, gritaron al conductor:

—¡Tome Vd. la mitad solamente!

Cuando estuvo instalado por fuerza, cerró todos los cristales y empezó á toser con tanta fuerza, que Chirivitas, apiadándose de su estado, le dijo:

—Está Vd. muy constipado.

—Hé cogido este maldito constipado en vuestras tiendas malditas, que están siempre abiertas.

—Entonces haría Vd. bien de hacer sus adquisiciones el domingo solamente.

—¿Por qué?

—Porque el domingo todas las tiendas están cerradas.

Ese señor tan constipado estaba muy enfadado. Un miliciano le había matado su perro de un bayonetazo, porque éste le había mordido la pierna.

—¡Es un verdugo! decía. ¡Hacer uso de su bayoneta cuando podía haberle pegado simplemente un culatazo!

—No es Vd. lógico, contestóle Chirivitas!

—¿Por qué motivo?

—El solo caso en que el miliciano pudiera hacer uso de la culata en vez de la bayoneta, es el en que vuestro perro en vez de morderle con los dientes, le hubiera mordido con la cola.

(Se continuará.)

EL MULO.

Conformándonos con el proverbio de Jesucristo que dice: «Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros,» hemos empezado en nuestro último número por la descripción del burro, y hoy vamos á seguir con la del mestizo, que proviene de la alianza de la yegua con el burro, del comerciante enriquecido, del Mulo.

El Mulo es el triste emblema de la feudalidad del dinero.

El Mulo, ó mejor dicho la Mula, adora, así como el caballo, los cascabeles, los penachos, los caparzones bordados y las grandes galas. Así el hombre de fortuna desea las condecoraciones y los títulos, y su esposa aspira á figurar en los bailes aristocráticos, al lado de las señoras de alta categoría, y muchas veces he notado que la mayor parte de las mujeres solteras son hijas de esas familias que, desdénando su clase, quieren aspirar mas alto.

La Mula es muy amiga de tirar del coche de los papas y de las reinas, dignidades pacíficas. El hombre de la clase media no es menos desazonado en sus adulaciones que el verdadero gentil-hombre, el acostumbrado de la corte.

La Mula camina con un paso seguro, haciendo sonar sus cascabeles. Así el comerciante encofetado de la villa, tiene cierto placer en hablar de sus riquezas y en hacer sonar sus escudos.

Desdichadamente, busco sin encontrar en la Mula ese ardor en las batallas, esa valentía fogosa que poetizan, si no la legitiman, la tiranía de la casta aristocrática. Es en vano que el panzudo comerciante trata de darse un aire imponente, cubriéndose la cabeza con el tremendo kepis de la Milicia ciudadana; busca la majestad, y no encuentra mas que la ridiculez. Esa gorrilla marcial, en vez de hacer desaparecer esa punta de oreja asnal, la oreja paternal, parece, al contrario, darle unas proporciones inmensas.

Una de las infelices pasiones del negociante, del hortera, del oficial de Milicia nacional, es la pasión del caballo; y eso porque hay antipatía entre las dos clases. Así, también, es muy raro ver que los casamientos forzados concluidos entre ellas, no lleguen tan pronto á un rompimiento.

El garrón generoso, así como el verdadero gentil-hombre, está siempre pronto á sacrificarse para la patria amenazada; al Mulo (leed al negociante), tanto le gusta hacerse reemplazar en esa función que, para él, tiene pocos atractivos. El Mulo (leed el negociante), admite para sí el abuso de los privilegios de la propiedad, caza, pesca, etc., derecho de descuido; pero desearia al mismo tiempo eludir sus cargos. Mas le gusta pagar para la defensa del suelo y el mantenimiento del orden público, que de encargarse él mismo de la tarea. Y luego, ese digno y buen monopolista, pide á la sociedad una sola cosa: que le deje disfrutar con sosiego de sus derechos, producto de su trabajo. Es á todo precio un amigo del orden y de la paz.

La Mula, en cuanto á sus facultades intelectuales, se parece mucho mas á su padre el burro que á su madre la yegua. Aunque menos aventurosa y mas reflexionada, es mucho mas testaruda y mas tenaz que el caballo en sus rebeliones contra el derecho. En lo que concierne la literatura y el espectáculo, afeciona, sobre todo, al igual del labrador y del burro, el melodrama y el cadalso. La historia no le perdonará de haber vuelto á levantar el cadalso político después de 1848.

El Mulo, emblema de la feudalidad mercantil, emblema del negociante testarudo, vanidoso y cobarde, no ha sido destinado por Dios para procrear. ¡Bendito sea el santo nombre de Dios!

La Mula no es estéril en toda la acepción de la palabra, puesto que hace millares de años que está reconocido que puede producir por el acoplamiento con el Mulo, el caballo ó el burro. La raza, ella misma es infecunda, puesto que no puede perpetuarse indefinidamente por medio de sus hembras, y que su fecundidad está cortada á la tercera ó á la cuarta generación. Los sabios que se han ocupado de esta interesante cuestión no me parecen haberla comprendido hasta hoy, por falta de haber limitado el poder del hombre. El hombre puede modificar y mejorar las especies creadas, pero no puede crear otras nuevas. Las mulas, que son un producto del arte ó de la creación humana, deben poseer á su nacimiento, como principales caracteres naturales, la neutralidad del sexo y la aptitud para todos los servicios. Así, los mestizos de faisán y de gallina común se pueden engordar lo mismo que los capones, y desempeñan con mas complacencia que estos el oficio de empolladoras, no fijándose para ello en su sexo. La carne del Mulo es mucho mejor que la del caballo, y podria ser muy sustanciosa si se cuidara de ello; y el mulo no se hubiera ocupado nunca de su sexo si los sabios no hubieran tenido la necesidad de preocuparse por él. El Mulo, que no es tonto, conoce perfectamente que su raza es infecunda, y no trata de rebelarse contra la condenación del destino. Pues, si renuncia con tanta filosofía y tanta espontaneidad al amor y á sus penas, haríamos mal de montarle la cabeza con quimeras y de abusarle con la esperanza de una posteridad fabulosa.

A MONTAUT.

EL PADRE JACINTO.

El nombre de familia del P. Jacinto es Loyson; nació en Orleans en 1827. Su padre, que era profesor de aquella Universidad, fué enviado poco tiempo después con el mismo cargo al colegio de Pau, y allí fué donde el joven Loyson empezó sus estudios.

A los diez y nueve años entró en el seminario de San Sulpicio, en Paris, y fué ordenado cura en 1849 por Monseñor Sibour.

Hace ocho años ha tomado el hábito del Carmen con el nombre de padre Jacinto.

Empezó su carrera oratoria en Lyon, Burdeos y Perigueux, y solo hace cuatro años está predicando en Nuestra Señora de Paris durante el Adviento, la Cuaresma y la Semana Santa.

El P. Jacinto, digno sucesor de los padres Lacordaire y Félix, hace durante toda la Cuaresma las delicias del gran mundo parisiense.

Sus sermones atraen la multitud en Nuestra Señora de Paris mas que la mejor ópera en los Italianos, y no es poco decir, atendiendo al espíritu mundano que reina en la población parisiense.

Este célebre predicador pertenece á la orden de Carmelitas Descalzos. Una estatura elevada, una fisonomía inteligente y expresiva, una voz de una gran sonoridad y que secunda perfectamente las evoluciones de la idea, y un gesto severo y distinguido; tales son las cualidades que han captado al P. Jacinto la admiración del público parisiense.

Su talento oratorio no permite ponerle en parangon con ninguno de los predicadores célebres de nuestra época; no procede ni de unos ni de otros; es puramente suyo, y está á la altura de los primeros.

Aparte de su reputación de orador, goza también la de ser un sacerdote virtuoso y de recto juicio, como cumple á su sagrada misión.

VITE-CELOM.

LOS ARRIEROS.

Miradles, amigo lector, atravesando montes y valles al compás de sus monótonas canciones y animando de cuando en cuando con la vara, á la recua peregrina.

Este tipo va desapareciendo ya de España, y con él aquellas clásicas posadas.

El silbido de las locomotoras ha asustado al pacífico asno y al segado mulo.



EL PADRE JACINTO.

El progreso ha empujado al arriero y le ha metido de rondón en un wagon.

Pero como estamos en España, el país de los *vice-versas* como ha dicho un diputado, no vayais á cantar

victoria por nuestro progreso. Entre los ferro-carriles españoles y los antiguos arrieros, casi estoy por estos últimos. Al menos con ellos no habia descarrilamientos, ni pérdida de equipajes, ni destrucción y robo de mercancías, ni ta... ta... ta... ahora me acuerdo que los neos de Palencia han puesto un pasquin que empieza: ¡Abajo los ferro-carriles! No quiero que me crean neo, y exclamo: ¡Vivan los ferro-carriles! Esto no obsta, sin embargo, para que siga creyendo que las empresas españolas son detestables.

TRAM-VIA DE CARCAGENTE Á GANDÍA.

Saben ya nuestros lectores que cuando el ferro-carril es de *sangre*, ó para hablar correctamente, cuando los wagones ó trenes son movidos por caballos, mulos ú otras bestias de carga, y no por el vapor, recibe el lacónico y expresivo nombre de *tram-via*. Los rails están en este un poco mas juntos, y los wagones son mas pequeños; pero el mecanismo es esencialmente el mismo que en los trenes movidos por el vapor.

El grabado de la página 13 del número de hoy representa el paso del tram-via por el *Portichol*, junto á la Vall, enfrente de las dos pintorescas aldeas Simar y Benifayró, situadas entre Carcagente y Gandía. En una de las colinas que rodean estos puntos se conservan aún las ruinas de un castillo del tiempo de los moros, que ha dado lugar á que los naturales del país cuenten de él mil historietas á cual mas descabelladas. El tram-via de Carcagente va directamente al Vall y termina en Gandía, pequeña ciudad situada cerca del mar. Estas dos poblaciones sirven de centro mercantil y agrícola, especialmente para la exportación de la naranja al extranjero.

Como es corto el camino, solo suele haber en in-

vierno tres ó cuatro wagones para viajeros; pero en el verano excede este número por razón de la extracción de toda clase de frutas y hortalizas que descarga en la estación de Carcagente, y lo toma el tren de la línea de Valencia á Almansa, de donde después son conducidas á Madrid y á otros puntos de la Península.

Ya deben haber empezado las obras para la construcción de otro tram-via desde Toro á Rioseco. Dispensamos por hoy hacer comentarios sobre esa obra.



LOS ARRIEROS.



TRAM-VIA DE CARCAGENTE Á GANDÍA.

por no estar al corriente de ella; pero sí podemos asegurar que la compañía nos inspira hasta hoy muy poca confianza.

ENTIERRO DE LAMARTINE.

Hé aquí la descripción y pormenores que del entierro del célebre poeta Alfonso de Lamartine, ha hecho uno de los literatos franceses que concurrían al acto, en nombre de las letras francesas.

«El féretro que contenía los despojos de Lamartine llegó á Macon en la noche del 3, y quedó depositado en la estación del camino de hierro. A las siete de la mañana, hora en que llegamos los parisienses, se organizó el cortejo, siendo trasladado el cadáver á la iglesia de San Vicente. Habíase opuesto la familia del difunto á toda pompa, obedeciendo la voluntad expresa del ilustre finado.

Entramos en la iglesia, que no es por cierto muy hermosa, pero que reúne la circunstancia de hallarse situada muy cerca de la casa donde nació el poeta. El acompañamiento era excaso. De París habían llegado aquella mañana los Sres. Julio Sandeau y Emilio Augier, en representación de la Academia, y los señores Laprade, Dumas hijo, Emilio Olivier, Luis Ulbach, Edmundo Fexier, Luis Ronchaud y hasta cinco ó seis periodistas mas, en nombre de la prensa parisiense y de Lyon.

La temperatura habia bajado mucho y la nieve cruía bajo nuestras plantas. Las calles estaban casi desiertas. La iglesia, aunque pequeña, presentaba mucho espacio vacío. Se rezó una misa. El catafalco se elevaba en el centro de la nave principal sin lujo ni adorno alguno. Cubríalo simplemente un paño negro sembrado de estrellas plateadas. Sobre la cabeza veíase una corona de siemprevivas y á los pies otra de camelias blancas y violetas. Parecióme el féretro gran-

de y pesado, trayéndome á la memoria aquellas melancólicas frases de Quirighe Heine: «Id y buscadme un féretro grande, donde tengo que encerrar muchas cosas. Traedme doce gigantes para que lo lleven. ¿Sabéis por qué necesito esa caja tan grande y pesada? Porque en ella he de depositar al mismo tiempo mi amor y mis sufrimientos.»

Concluida la misa y entonado el responso, fué el féretro trasportado á un carro fúnebre. Colocámonos los acompañantes en los carruajes que nos esperaban á la puerta, y emprendimos el camino de San Point, donde los restos de Lamartine debían hallar su eterna sepultura.

Seguimos una ruta que serpentea por entre viñedos, subiendo y bajando colinas por espacio de algunas horas. El sol se elevaba sobre el horizonte, habíase fundido la nieve; cruzamos por enfrente de Monceau, propiedad de Lamartine, donde este escribió *Los Girondinos*. Seguimos y mas allá notamos á Milly, residencia favorita del grande hombre. La población de la comarca se nos iba reuniendo en grandes grupos.

Llegamos al fin á San Point, donde el poeta trazó las admirables páginas del *Jocelyn*, y allí, en un pequeño castillo ogival, que se enseña sobre una iglesia romano-bizantina, hicimos alto para rendir los últimos honores al grande hombre. En el centro del cementerio, que está junto á la iglesia, levántase una capilla también ogival. Bajóse el féretro, un sacerdote entonó la plegaria de costumbre y en medio del silencio de los circunstantes, á quienes se habia reunido el vecindario todo de San Point, se cerró la bóveda que para siempre separará á Lamartine de la vida.

No se pronunciaron discursos. Dispersóse la multitud. Un silencio profundo invadió el templo. Acercuéme á la bóveda y vi que cerca de ella oraba una religiosa. Dos túmulos estaban allí uno sobre el otro. La devota me dijo: «A la derecha están los padres del

señor de Lamartine, á la izquierda su hija, además una inglesa de su servicio que pidió se la enterrase cerca de sus amos.»

Reparé y vi además en el centro otro sarcófago con los restos de Madame de Lamartine, cuya estatua descansaba en el centro del monumento.

Contemplé todo aquello, y salí para reunirme á mis colegas, que ya se disponían á emprender la vuelta á las orillas del Sena.

Todo habia concluido.

Concluido el acto, Alejandro Dumas pronunció el siguiente discurso.

«Hermanos:

Uno de los mas grandes de entre nosotros acaba de morir.

El poeta que cantó las sombras, el sol, los arroyos, los lagos, los bosques y el mar, ha cerrado los ojos á todas las maravillas de la creación.

Pero á lo menos, la naturaleza no ha sido ingrata; se ha velado, y llora.

¿Qué se ha hecho de aquella alma, espejo del cielo? ¿En qué estrella habrá ido á recobrar nueva vida, en qué noche se habrá apagado? ¡Oh, poeta! ¿Tú, que tantas veces has querido penetrar los misterios de la muerte, desde el fondo de la tumba no puedes revelarnos el gran secreto de la eternidad?

¡Morir; dormir; soñar tal vez!

Cuando dos hombres como Shakespeare y tú han interrogado á la muerte y esta no les ha contestado, verdaderamente es muda.

Pero tú no dudabas como Hamlet, tú creías como Polyeucto: tu muerte ha sido dulce, llena de esperanza; has cerrado los ojos como cristiano, y has dicho:

«En otro mundo mejor tendré la recompensa de los dolores que los hombres me han hecho sufrir aquí; les he dado mi alma y no la han comprendido; les he dado mi cuerpo y le han oído; les he dado el

sangriento sudor de mi miseria y la han insultado. Por un día de triunfo, triunfo que solo debí a mi abnegación por ellos, los hombres me han causado una agonía de diez años.

Como Homero, he tendido la mano, no teniendo ni aun un niño que la tendiera por mí; y aquellos a quienes salvé de la anarquía y del saqueo, me dijeron:

«Has sido ministro seis meses: ¿por qué no te enriqueciste mientras estabas en el poder?»

Pero en vuestro seno, Dios mío, en vuestro celeste esplendor, olvidaré todo; más aún: me veré recompensado de todo.»

Gloria in excelsis Deo.

Pero ¡ay si te has equivocado, orgulloso! Si te has creído de origen divino, y solo eres tierra; si nuestra alma es efímera como nuestro cuerpo; si la muerte es la nada; si al cerrar los ojos has perdido la luz; si al cesar de latir tu corazón ha cesado de recordar; si justificando, en fin, la fatal palabra de Cristo: *Eres polvo, y polvo te has vuelto*, ¿cuál será tu remuneración, poeta? ¿Cuál será tu recompensa, apóstol? ¿Cuál tu compensación, mártir?

Esa reacción que se efectúa en favor de los muertos; esa admiración que brota en su tumba; esa victoria de la conciencia pública contra la envidiosa calumnia, ni aun la verás.

Ese inmenso ruido del mundo que rodea tu sepulcro, no lo escucharás.

El hombre baja a la tumba entre dos impasibilidades.

Una física: la *inmortalidad* del alma; otra impasibilidad moral: la *nada*.

Si el que muere es un hombre, un genio, no se aclara el problema; por el contrario, se complica.

¿Hacia quién, ó hacia dónde tender las manos? ¿Hacia Dios? La razón pregunta: ¿En dónde está Dios?

¿Hacia el cielo? La ciencia dice que no hay cielo.

Bienaventurados aquellos que han alcanzado los días felices en que aún existían las creencias.

Bienaventurados aquellos que al contemplar un cadáver envuelto en su sudario, le dicen: *¡Hasta la vista!*

Pero tristes los que, contemplando a un amigo envuelto en su mortaja, le dicen con el corazón desgarrado: *¡Adios!*

¡Ay! Yo soy de esos desesperados que exclaman *¡Adios!*

Adios, Lamartine, adios.»

LOS VAMPIROS.

No os asustéis, amados lectores; no creáis que voy a ocuparme de esos fantásticos seres, hermanos gemelos de las brujas y los trasgos, que se ocupaban en los tiempos de la credulidad en beberse la sangre de los niños ó la leche de las vacas de los cortijos.

Tampoco creáis que voy a ocuparme de los malos gobernantes, de los que, por saciar su ambición ó la avaricia, estrujan las entrañas de un pueblo y se beben su más preciosa sangre.

De aquellos se encargan las leyendas, de estos la historia y a veces la justicia de los pueblos.

Voy, pues, a hablaros de unos vampiros que se crían entre nosotros y entre nosotros crecen, que son seres harto palpables y reales, que nada tienen de fantástico y que viven, comen y duermen como los demás mortales.

No os los quiero nombrar, porque soy enemigo de las alusiones personales; pero he de presentaros a sus víctimas y por el hilo habeis de sacar el ovillo.

¿Qué es un literato? ¿Qué es un hombre de letras? Un pobre diablo que posee por único capital, por único medio de atender a las precisas obligaciones que al venir al mundo contraemos, una imaginación rica y feraz, un corazón ardiente y apasionado, una pluma, un tintero y varias hojas de papel donde depositar las impresiones de su alma ó las observaciones de su mente. Comunicar estas observaciones ó impresiones al público; oír pronunciar su nombre con elogio y aplauso; ver atendidas sus observaciones y recibidas con placer sus impresiones; hé aquí su principal deseo.

Pero desgraciadamente las pícaras necesidades del mundo le hacen recordar que con elogios y aplausos no se come, y que con simpatías no puede hacerse una levita.

Rica es su imaginación en verdad, mas su bolsillo no. ¿A quién acudir en situación tan crítica?

¿Al editor, al empresario, al director, etc?

Estos caballeros son muy amables, muy galantes; si el literato vale algo, si sus escritos han tenido la fortuna de agradar al público, si su nombre es algo conocido, tienden su mano protectora al talento y lo sostienen, es decir, lo mantienen; pero económicamente. Y en verdad no deben hacer más. ¿Qué expone el literato? Casi nada, el fruto de largas noches de insomnio y privaciones, consignado en unas borrajeadas cuartillas de papel. El editor en cambio expone dinero, papel, etc., etc. El editor puede hacer un negocio de miles de duros, pero también puede perder, y en esta disyuntiva ¿qué mejor puede hacer que dar al literato una cantidad bastante apenas para alimentar su estómago desfallecido, ó cubrir sus carnes ateridas? Esto es muy lógico. ¿Que eres tú, literato? Nadie; un quidam a quien se halaga con estampar su nombre en letras de molde. Un esclavo sumiso que debe contribuir a la riqueza de los demás, sufriendo y devorando penas, y recibiendo con sonrisa el mequino salario que tienen a bien señalarle.

Sufre y calla. Aunque la pena devore tu pecho, y las lágrimas asomen a tus ojos, escribe artículos festivos, haz reír, el editor lo manda y paga.

Sufre y calla. Aunque sientas que el hambre sitia tu estómago y el frío azota tus espaldas, habla de banquetes y de pavos *truffés*, y de alfombras, fuego y chimeneas. El editor lo manda y paga.

Y tú, redactor de un periódico político a quien el director te paga un sueldo y te obliga a no firmar lo que escribas, para que crean que es suyo. Sufre y calla, ayuda a los hombres, hazlos subir, asegura su posición y nada pidas para tí. ¿Acaso no te pagan 400 ó 500 rs. mensuales para eso?

Sufre y calla, literato; tú harás la fortuna de esos editores que han alquilado tu talento, que han explotado tu necesidad y que han extraído el jugo de tu vida; pero en cambio verás que el público ensalza tu nombre, devora tus obras y te colma de elogios; y con todo esto puedes morir tranquilo en un oscuro rincón de una mezquina vivienda.

¿Qué más puedes pedir? Un porvenir de gloria (después de muerto) para tí. Las riquezas y lo positivo para tu editor.

Abusarán de tí, explotarán tu aflictiva situación, te abandonarán cuando no les hagas falta, pero mientras tanto, has podido comer al menos patatas, has podido llevar a la boca de tus hijos un duro mendrugo de pan.

¡Pobres literatos! ¡Pobres párias!

Ni aun los republicanos, con sus decantadas declamaciones y sus cacareados derechos, se acuerdan de tí. Ellos piden derecho al trabajo, piden trabajo... para los trabajadores, para los obreros... y tú no lo eres; eres obrero, sí, pero no albañil, carpintero ni artista de obra-prima. No eres más que literato embotornador de papel... un pobre diablo víctima de quien quiere alquilar tu imaginación y tu pluma.

Se vá haciendo largo este artículo; otro día continuaré con este asunto, del que me quedan cosas muy chuscas que contar.

FERNANDO COSTA.

SECCION CIENTIFICA.

INCONVENIENTES DEL PESCADO.

¡El carnaval ha muerto!

Hemos pasado sin transición de los días de comilonas a los días de ayunos, de la alegría al duelo, de los pavos trufados al bacalao, a las modestas judías y al pescado.

Si hay un ser que teme la Cuaresma, es, a no dudarlo, el pescado, que en estos días hace el ornamento y el recurso de nuestras mesas.

Sin embargo, la higiene y la química no están de acuerdo con la disciplina religiosa, que prescribe el

pescado como alimento menos nutritivo y menos excitante que la carne.

Según el Sr. Sam, los pescados de todas clases, sin excepción alguna, y sobre todo en el momento del desove, que empieza con la Cuaresma, contienen una gran cantidad de fósforo. Basta para convencerse de ello, mirar en la oscuridad el agua que sirve para hacerlos cocer. Esa agua toma una luz pálida, deslucida y ondeante, acompañada de un olor de ajo que prueba la presencia de la materia fosfórica, ese agente dotado con un poder de excitación incontestable.

El pescado, como alimento, tiene el inconveniente de irritar en vez de calmarlos el sistema nervioso y los apetitos físicos. La mayor parte del tiempo, su acción es tan perjudicial para el estómago como para el cerebro: de ahí digestiones difíciles, embarazos gástricos y erupciones cutáneas, de las cuales se puede tan poco negar las causas que todas las poblaciones, alimentándose con pescado, están fatalmente infestadas por las enfermedades de la piel.

La carne de pescado, perdiendo su frescura, ahumada ó salada, es casi siempre insalubre, y muchas veces se trasforma en veneno. Esta es muchas veces el origen de las fiebres de mal carácter. Hay que citar, en primer lugar, entre los alimentos dañosos, los arenques, que, mal preparados en el momento de la pesca, contractan un sabor fétido y acre, y particularmente el bacalao, que, antes de cocer, hacen remojar en agua saturada de cal para volverle más tierno y más agradable para la vista.

Con pocas excepciones, los peces de agua dulce, mas grasos y de una carne mas compacta que el pescado de mar, se someten difícilmente a la acción de las sustancias gástricas, sin contar que los huevos del sollo, de la mayor parte de los cyprinos y particularmente del barbo de río, son venenosos. Las propiedades tóxicas de esos huevos se atribuyen a la gran cantidad de fósforo que contienen.

Las ostras también tienen su peligro, sobre todo escabechadas; entonces su digestión es difícil al extremo, á pesar de que se pretende que la leche logra disolverlas en el estómago.

En cuanto a las almejas, numerosos envenenamientos nos demuestran que algunas veces son tan venenosas como las setas. La opinión popular atribuye esos envenenamientos, bien sea a la presencia de un cangrejito, bien sea a su contacto con los bordajes ó el cobre de los navíos. Es más verosímil creer que están producidos, según nos lo anuncia la ciencia, por la ingerencia de huevos de una especie dañosa.

No quiero de ningún modo, por esa pequeña advertencia, privar a los electores de EL NUEVO SIGLO ILUSTRADO del uso del pescado; solo me hago eco de los escritos del sabio Sam contra esa clase de alimento.

En cuanto a mi opinión personal, soy del parecer de Alfonso Karr: «Se ingenian para clasificar el pescado por razas, familias, clases, cualidades, etc., etc; solo hay dos clases de pescados: el pescado fresco y el que no lo es.»

ENRIQUE LOVESCAR.

EL ARMARIO DE CAOBA.

(Continuación.)

—¡Ah! Sí, dijo la joven sonriendo; os choca que se halle un mueble tan ordinario entre tantos objetos de lujo, de los cuales desdice sobremanera; es el armario en que guardo la ropa blanca; además, hé mandado ya hacer otro que guarde simetría con el resto del mueblaje.

—A fé mia, que teneis razón, querida Eudoxia; ese armario me hace muy mal efecto.

—Volvedle la espalda para que no le veais bien.

—¡No, pardiez! exclamó el joven sin poderse contener.

—¿Y por qué? le preguntó Eudoxia con inquietud.

—Por nada, respondió Bataille con indiferencia, y en prueba de ello haré lo que me decís.

Y en efecto, volvió la espalda al armario.

La cena era excelente y delicada; pero nuestro ayudante no la estimó en su verdadero mérito.

El maldito armario que se hallaba detrás de él, le inquietaba sin poderlo remediar.

A cada momento le parecía que le oía crujir y abrirse, y á pesar de que tenía enfrente de sí un espejo que le permitía ver sin volverse cuanto pasaba á su espalda.

El armario permaneció inmóvil.

La cena concluía y el convidado parecía cada vez mas preocupado, pues pensaba en la policía, que, en su concepto, se hacia esperar demasiado.

Eudoxia creyó que esta preocupacion venia de la falta del reloj, y dijo á la camarera:

—A propósito, Ambrosina, tráele la muestra al coronel.

La jóven doncella le presentó la muestra en una bandeja de plata, y el oficial, dando las gracias con la cabeza, la colocó en el bolsillo del chaleco, continuando igualmente preocupado.

El reloj de la sala señalaba la una; la cena se habia concluido, y el café y los licores se habian ya tomado.

Eudoxia afectaba unas maneras que, á mas de incitadoras, afectaban cierto aire de reconvenccion.

Nuestro oficial creyó descubrir en la linda Eudoxia una sonrisa burlona que parecia echarle en cara, no tanto su poltronería, como su indecision, y aguijoneado por esta sospecha humillante para un soldado del imperio, tomó una determinacion decisiva.

Se habia resuelto á dejar su sable al alcance de la mano y no dormirse, cosa esta fácil de conseguir estando al lado de una mujer hermosa.

—Señora, dijo á Eudoxia besándole la mano, ¿tenéis alguna otra habitacion que enseñarme?

—Empezaba ya á sospechar que érais poco curioso.

Y apoyándose en el brazo de Bataille, le dirigió á otro aposento cuya puerta estaba entreabierta y dejaba ver los ricos adornos que embellecian el interior.

En el momento en que ponía los piés sobre la azulada y tupida alfombra de aquel cuarto encantador, un golpe violento hizo conmovier la puerta de la escalera.

El oficial tembló, y la jóven cortesana se puso pálida.

Un segundo golpe sonó despues, dejándose oír en seguida un tercero, acompañado de estas palabras, pronunciadas con voz fuerte é imperiosa:

—¡Abrid, en nombre del emperador!

La cortesana lanzó al oficial una mirada terrible.

Este se alejó de la jóven, y creyó ver brillar un puñal en su mano.

Despues dió un salto y llevó la suya á la empuñadura del sable.

La misma voz resonó por segunda vez en la escalera, repitiendo:

—¡Abrid, en nombre del emperador!

—¡Ah, cobarde! gritó la jóven apretando las dientes y dirigiéndola una mirada de vibora irritada: esto es lo que esperabas.

La camarera apareció entonces mas pálida que su ama.

—¿Qué hacemos, señora? la preguntó.

—Abrid.

—¿Y los otros?

—Voy á prevenirles.

Y corrió hácia un pasillo que parecia conducir á las habitaciones de los criados.

La voz repitió por tercera vez las citadas palabras sacramentales, que, despues de cinco segundos de silencio, fueron seguidas de este mandato:

—¡Echad la puerta abajo!

—¡Atrácala antes, Ambrosina.

—Es inútil, señora, ya la han abierto.

En efecto, la puerta giró sobre sus goznes, y entraron el hombre de la calle de Jerusalem al cual se habia dirigido el oficial, un comisario de policía, tres gendarmes y el herrero que habia hecho saltar la cerradura.

Uno de los gendarmes se quedó en el tramo de la escalera, y gritó á otro de estos que indudablemente guardaban la puerta de la calle:

—¡Atencion! nosotros estamos aquí.

—¡Por fin! dijo Bataille al hombre de policía que acababa de entrar en el aposento de la jóven aventurera, mas vale tarde que nunca.

—¡Está bien! respondió el agente sonriendo; me ha-

bia figurado que hallándoos cerca de una mujer jóven y hermosa no os dormiríais, por lo menos, hasta las tres de la mañana, y ya veis que solo son las dos.

III.

Pocos momentos despues, se presentó la cortesana en la puerta de la habitacion: estaba pálida, pero tranquila.

—¿Puedo saber, caballero, preguntó en tono áspero, á qué debo el honor de recibir vuestra visita?

—Señora, respondió el agente de seguridad; venimos á tomar noticia de este caballero; y señaló á Bataille.

—¿Estais encargado, acaso, de velar por la conducta de los oficiales del gran ejército?

—No, señora; estamos encargados de velar para que no se les encierre en armarios de caoba.

—¿En armarios de caoba? repitió Eudoxia con una sorpresa visiblemente angustiosa.

—Sí, repuso el agente; en los armarios de caoba, vos, hermosa jóven, teneis uno en vuestro gabinete que llama la atencion á la policía, hasta el punto que ha resuelto venir á visitarle: ¿quereis tener la bondad de acompañarnos para que os sirvais abrirle?

Y el agente se dirigió al gabinete alumbrado aún á giorno, y se adelantó derechamente hácia el armario.

La cortesana le siguió, helada por el terror, é impelida por una fuerza irresistible.

—¿En dónde está la llave? preguntó el agente.

—No sé, balbuceó Eudoxia.

—Os damos un minuto para que lo recordeis.

Durante este minuto de silencio y de espera, se oyó gritar al gendarme que guardaba la escalera:

—¡A mí!

Este grito fué seguido de un pistoletazo. El ayudante de campo salió al pasadizo sable en mano, y encontró al gendarme luchando contra dos hombres.

De un sablazo hendió la cabeza del uno, y de una estocada atravesó de parte á parte al otro.

—¡A fé mia, gendarme, que os agradezco que hayais pedido auxilio! Hasta aquí estaba hecho una estatua, y gracias á vos, he tomado la revancha.

—¿Qué ocurre? preguntó el gendarme que guardaba la puerta de la calle.

—Nada, respondió el de la escalera.

La cortesana se habia vuelto livida.

El oficial entró en el gabinete é hizo señal con la mano de que cada cual ocupara su puesto.

—Lo de la escalera se ha concluido; podreis continuar.

—¡Y bien, señora! volvió á preguntar el agente, ¿recordais donde está la llave?

—Ya os he dicho, caballero, que no lo sé.

La respuesta estaba prevista; así que, dirigiéndose el agente al cerrajero, le dijo:

—Venid aquí, amigo mío.

El cerrajero se aproximó.

—Abrid la portezuela de este armario.

El cerrajero puso en juego sus herramientas, y al cabo de algunos instantes hizo saltar la cerradura del misterioso armario.

A. DUMAS.

(Se concluirá.)

SECCION AMENA.

Un último eco del Carnaval.

Mas vale tarde que nunca, dice el adagio, y esto me decide á contarles, amados lectores, el siguiente chascarrillo:

A un baile de sociedad en que las bailarinas habian adoptado los mas excéntricos y los mas ligeros trajes, unos representaban la lluvia, otros la nieve, otros el céfiro, etc., etc., una de las bailarinas se hacia notar por un traje... tan alto... tan bajo... que la misma indulgencia de la dueña de la casa, para los gustos de sus convidados, debió protestar contra esa falta de abrigo.

La leccion estuvo ingeniosa.

—¿En qué está Vd. disfrazada, querida mia, preguntó?

—Represento la mar.

—¿Entonces, la mar... á la marea baja?

El día 19 último fué San José, y á propósito de esto, hé oido contar un chasco bastante bueno para referirlo á mis lectores, sucedido á una bailarina de uno de nuestros teatros de la capital.

Esta señorita, llamada Josefa, se encuentra protegida por el conde de X... quien está casado. La condesa es jóven, guapa y graciosa; la bailarina es seca como un clavo que sale del hospicio; pero ¡qué quieren ustedes, así está hecho el mundo!

Acercándose la fiesta de San José, la bailarina quiso ella misma, con la destreza que pertenece á su clase, guiar el gusto del conde para el futuro regalo que esperaba por sus dias. Y con el tono mas despreocupado, le dijo una mañana:

—Ayer hé visto en el escaparate de Ansorena unos pendientes magníficos... ¡Ah! á propósito, ¿sabe usted que pasado mañana son mis dias?

—¿Sí, éh... San José?... ¡Josefa!... Hace Vd. bien de recordármelo, contestó el conde; y salió.

La misma tarde, la bailarina pasaba delante la tienda de Ansorena, para ver si el conde habia comprado los pendientes. ¡Aún estaban en el escaparate! Extrañada de semejante calma por parte de su amigo, para satisfacer su deseo, entró:

—¿Cuánto estos pendientes?

—Veinte y cinco mil reales.

—Es muy caro. Le doy á Vd. veinte mil.

—Acabo de negarlos por ese precio al conde de X..., que los pedia hace una hora.

La bailarina tuvo miedo de ver su regalo escapar-sele. Y se apresuró á decir al joyero:

—Mire Vd., es para mí para quien el conde quiere comprar esos pendientes. Puesto que regatea, envíelos por veinte mil reales, y tome Vd. los cinco mil que faltan; de ese modo tendrá Vd. su precio.

El bisutero palpó las monedas de cien reales, y envió en seguida el estuche al domicilio del conde, quien se alegró muchísimo de haber regateado.

Segura de tener su regalo, la bailarina esperó con impaciencia el día de San José.

Llegado el día, recibió... ¡un brazalete ordinario!

El conde habia comprado los pendientes para su mujer, que se llamaba Josefa.

Si el casamiento es una seguridad para vivir largo tiempo, es con la condicion de no tener por esposo un hombre tan estúpido y tan cruel como ese á quien su mujer, moribunda, expresaba su último deseo:

—Amigo, decia á su conjunto, sucede algunas veces que un sueño letárgico ofrece las apariencias de la muerte, y muchas veces se ha inhumado una persona viva. Júrame que me harás enterrar solo cinco dias despues de muerta.

El marido habia apenas jurado que la mujer moria.

El viudo cumplió su palabra, esperó con paciencia y el entierro se verificó cinco dias despues, conforme lo habia pedido esa pobre mujer, que temia tanto ser enterrada viva.

Pero, tres horas despues de la defuncion, la habia mandado embalsamar.

Concluyamos con esta palabra de un sastre.

En este momento de oraciones, hasta el mas indiferente entra en la Iglesia. Un jóven, penetrando la semana última en San Luis, apercibió su sastre enteramente absorbido por la oracion; le aguardó largo tiempo á la puerta.

—Parece que pedia Vd. á la Providencia algo muy difícil, puesto que ha rezado Vd. tanto tiempo.

—Sí, le pedia que me pagara Vd. su cuenta, contestó el sastre.

Desde que cierta candidatura apoyada por *La Iberia* se ha echado á volar, varias bailarinas y suripantas se han comprado trajes nuevos y han hecho acopio de col cream y colorette.

¡Digo! ¿Conocerán las costumbres del candidato?

Diálogo cogido al vuelo á la puerta del Congreso.
 —Pero hombre, no sea Vd. pesado le he dicho, que haré todo lo que pueda.
 —Cuando venia Vd. á conquistar mi voto, estaba mas amable y prometió colocarme.
 —Hoy es imposible, todo está ocupado.
 —Pero...
 —Adios... va á empezar la sesión.
 —Cómo á mí me pillen en otra...

El destrozado Gaspar dice siempre sin ambages, que tiene dos ó tres trajes en casa, sin estrenar. Y son sus humos fundados, como la malicia prueba, porque los trajes que lleva suele comprarlos usados.

En un periódico republicano de provincias leo lo siguiente: «*Si, basta ya de contemplaciones, se nos hostiga y saltaremos; afilemos nuestras armas, porque es necesario sangre, mucha sangre, porque hay cabezas que hoy se ostentan orgullosas y que mañana rodarán por el suelo.*»

Ave María purísima!
 Estoy temblando. ¿Quién escribe chascarrillos para esta Sección amena, despues de tales indirectas?
 ¡Ay! Me tranquilizo. Me acaban de decir que se va á establecer una sociedad de seguros sobre... *las cabezas.*

El can-can triunfa; hasta el formal teatro de la Zar-

zuela, ultrajando al nombre de Jovellanos que lleva, ha presentado al público su correspondiente can-can.
 Y Mata, el mejor de nuestros actores, se pasea por Madrid.



DROGUERÍA Y PERFUMERÍA

DEL DR. CHAVARRI.

La industria española ha ido reformándose de una manera notable de algunos años á esta parte; sin embargo que en nuestros números sucesivos iremos dando vistas ó descripciones de otros establecimientos é industrias, empezamos nuestra tarea por esta

casa, situada en la calle de Atocha, núm. 87, junto á la iglesia de Monserrat, que en el trascurso de dos años y gracias á los esfuerzos de este señor, la ha convertido en uno de los establecimientos principales de su ramo en España, montado á la altura de los mejores del extranjero. Siga por tan buen camino, y estamos seguros que el público no dejará de recompensar sus sacrificios.

El alcalde de un lugar, jefe de una cofradía, juró que un pendon haria, y no fué en balde el jurar.

Repito que no fué en balde, pues cuando una funcion daban, los cofrades exclamaban: «¡Venga el pendon del alcalde!»

—Hace usted mal en beber, dijo á un borracho un tunante; tropieza usted á cada instante y acabará por caer.

Frunció el gesto el aludido, y dijo:—¿En beber? ¡no hay tal! ¿Sabe usted en lo que hago mal? en andar cuando he bebido.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

CALAMAR.

MADRID.—1869.
 IMPRENTA DE NOGUERA,
 Bordadores, 7.

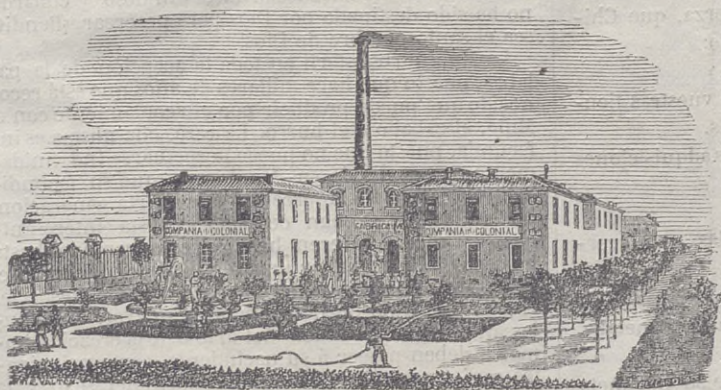
CHOCOLATES.

FÁBRICA MODELO
 DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL.

14 AÑOS DE EXISTENCIA.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.



VISTA DE LA FÁBRICA MODELO.

CAFÉS, TÉS, TAPIOCA
 DE TODAS CLASES.

Depósito general, calle Mayor 18 y 20.—Madrid.
 SUCURSAL, MONTERA, 8.

APROVECHAD LA OCASION.

La administracion de este periódico ofrece á sus numerosos favorecedores hacerse cargo de toda clase de impresiones que se les ocurran, con una economía desconocida hasta hoy.



MEJORAS VISIBLES

Á TODA LA HUMANIDAD.

La casi fabuloso-mitológica aceptación que ha alcanzado en todos los países del globo el **Aceite de Bellotas** de mi invencion, para *lustrar, hermosear, conservar, reproducir el cabello y ocultar las canas*, ha procurado una venta creciente y sostenida de mas de cuatro millones de frascos en seis años.

Todas las clases sociales han apreciado dignamente el inmenso valor de este higiénico-cosmético-medicinal; así es que por do quier se encuentra, lo mismo en el mas suntuoso alcázar, que en la mas modesta cabaña.

Reconocidísimo el autor, y para corresponder á tan honrosa y lucrativa distincion, ha montado nuevas y costosas máquinas, que lo producen clarificado, pero siempre oscuro: ha adoptado frascos de cristal ingleses, de lujo (de 20 por 100 mas de cavidad que los anteriores) etiquetas moaré y cápsulas de purpurina.

Para evitar estafa al público por los falsificadores, en los frascos y cápsulas lleva la inscripcion siguiente:

Aceite de Bellotas, inventor, L. de Brea y Moreno, calle de Jardines, 5, Madrid. (No es legitimo el que no lleve mi rúbrica en la etiqueta.)

El 4.º de Marzo se han puesto á la venta los nuevos frascos, en su único depósito, á los mismos precios, 6, 12 y 18 rs. uno, y 25 por 100 de descuento por mayor.

TRATADO COMPLETO

DE

TENEDURÍA DE LIBROS

POR

D. JOSÉ MARÍA DALMAU.

Esta obra, la mas completa en su clase de cuantas hasta el día se han publicado, se halla de venta en Madrid en las librerías de San Martin, Puerta del Sol; Bailly-Bailliere, plaza de Topete (antes del Príncipe Alfonso), y en la imprenta de D. José Noguera, calle de Bordadores, 7, bajo.

En Provincias, en las principales librerías.

Precio 25 reales.